decir que veo y reconozco el camino recto de las Artes plásticas y, á causa de ello, puedo presumir claramente su extensión y su lontananza. Soy demasiado viejo para no hacer ya sino chapucerías. Veo lo que otros hacen; hallo muchos en el buen camino, mas ninguno anda á grandes pasos. Sucede lo mismo que con la facilidad y la sabiduría; sólo los arquetipos flotan en la altura y venerándolos tocamos la orla de sus vestiduras.

La llegada de Kayser y nuestros arreglos caseros obligáronme, hasta cierto punto, á suspender mis trabajos; ahora van bien de nuevo y la ópera próxima á terminarse. Es un hombre muy bueno, inteligente, ordenado, reposado, tan firme y seguro en su Arte como se puede estar; hombre, cuyo trato es saludable. Al lado de esto, tiene tanta bondad de corazón, tanta rectitud en su vida y un compañerismo que dan flexibilidad á su carácter, naturalmente fuerte y gracia á su trato.

RELATO.

Noviembre.

Mientras en silencio pensaba irme desprendiendo, quedéme de nuevo atado, á causa de la llegada de un amigo antiguo y excelente, Cristobal Kayser, de Francfort. Dotado por la Naturaleza de particular talento musical, emprendiera, tiempo ha, el trabajo de poner en música *Broma, Astucia y Venganza* (1) y principiaba el de adaptar á *Egmont* música apropiada. Anunciárale de Roma que la obra había salido, quedando en mi poder una copia. En vez de entablar correspondencia seguida acerca del particular, encontramos más conveniente que él se viniese sobre la marcha y, habiendo atravesado, con el correo, en un vuelo la Italia, muy pronto se encontró entre nosotros, siendo recibido afectuosamente en el círculo artístico que tenía su cuartel general en el Corso, frente del palacio Rondanini.

(1) Pieza de Goethe.

Muy pronto, en lugar del recogimiento y concentración necesarios, ocurrieron distracciones y diseminaciones nuevas.

En primer lugar, se pasaron muchos días sin poder encontrar un clavecín, probarlo, afinarlo y darlo arreglado, según el capricho y voluntad del artista, que siempre tenía algo que decir y desear. Pero de semejantes retrasos y trabajo recompensónos pronto, la ejecución agilísima del artista, perfectamente á la altura de su época, que tocaba, con la mayor facilidad, la música más difícil de entonces. Y para que el aficionado á la Historia de la Música sepa de qué se trata, he de advertir que, en aquel tiempo, creíase é Schubart incomparable y que la piedra de toque de un hábil tocador de clavecín, era la ejecución de variaciones, donde un simple tema, modulado de la manera más artística, volvía á presentarse, al fin, en su forma natural, dando respiro al oyente.

Consigo traía la sinfonía de *Egmont* y esto me animó á continuar mis esfuerzos hacia el lado del drama lírico, impulsándome á hacerlo, mas que nunca en aquel momento, la afición y la necesidad.

Erwin y Elmira y también *Claudina de Villa Bella*, debían ser enviadas á Alemania, pero de tal manera pusiéronme en guardia contra mí mismo en la preparación de *Egmont*, que no quise ser responsable de enviarlas en su forma primitiva. Precisamente teníale cariño á la parte lírica; me recordaba muchas horas, insensatas tal vez, mas felices y dolores y cuidados á que la

juventud en su viveza, mal aconsejáda, se expone. El diálogo en prosa recordábame, en cambio, mucho aquellas operetas francesas á las cuales debemos, sí, un recuerdo agradable, que trajeron á nuestros teatros los alegres trozos cantantes, pero que ya no me satisfacía porque, connaturalizado italiano, quisiera ver el canto melódico anudado al menos por el recitado y la declamación. En tal sentido se prepararon ambas óperas; sus partituras tienen, de cuando en cuando, algo alegre, y á su tiempo, el torrente dramático las domina.

Generalmente se critican mucho los textos italianos y en particular esas frases que se repiten uno á otro, sin pensar que, en realidad, son ligeros recursos que no exigen del compositor ni del cantante sino aquello que ambos le quieren dar. Sin insistir mucho, recuerdo el texto del *Matrimonio Secreto*; no se le conoce autor y sea quien fuere, era uno de los más hábiles maestros en el oficio. Mi propósito fué obrar en aquel sentido y, con igual libertad, alcanzar el indicado fin. No sé hasta qué punto me habré acercado á él.

Desgraciadamente desde hacía mucho tiempo hallábame metido con el amigo Kayser en una empresa, que á cada punto parecía hacerse más ardua y menos factible.

Representémonos aquellos muy inocentes tiempos de la ópera alemana, donde un simple *intermezzo*, al igual de la *Serva Padrona* de Pergolese, encontraba aprobación y daba entradas. Entonces sólo salían un bufo alemán, llamado *Berger* y su linda bien formada esposa,

los cuales, en los pueblos y los lugares de Alemania, escaso el vestuario y menguada la música, daban representaciones muy animadas, terminadas siempre con el engaño y vergüenza de un viejo fátuo enamorado.

Pensara unirla una tercera voz media, haciendo años antes el juguete cantante *Broma, astucia y venganza*, que envié á Kayser á Zurich; y, hombre serio y concienzudo, cogió la obra íntegra, á fin de tratarla al pormenor. De mi parte saliérame ya de la natural medida de un *intermezzo* y el asunto, pequeñísimo, habíase dividido en tantas piezas, que aun con música muy sobria y de pasada, tres personas no daban concluída la representación. Kayser hiciera las arias del corte antiguo y en ciertos pasajes, puede decirse, de manera muy feliz y no sin gracia el conjunto.

¿Cómo y dónde se había de poner en escena? Adolecía, por desgracia, además de medianos principios, de flaca disposición. No se elevaba más allá del terceto y al fin, de buena gana se habrían vivificado las ramas de triaca del doctor para tener un coro. Todo el trabajo invertido para estrecharnos y simplificarnos, perdióse al aparecer Mozart. *El Rapto del Serrallo* todo lo echó á tierra y nunca volvió á tratarse de llevar al teatro aquella pieza, que tan cuidadosamente habíamos preparado.

La presencia de nuestro Kayser elevó y extendió la afición á la música, hasta entonces sólo circunscrita

á las representaciones teatrales. Cuidaba de estar al tanto de las funciones de iglesia y diónos ocasión de oir la música solemne ejecutada en tales fiestas. Encontrámosla ya muy mundana y la orquesta completa, aunque dominando el canto. Recuerdo haber oído la primera vez, en una fiesta de Santa Cecilia, un aria de *bravura* coreada. Hízome extraordinario efecto, conforme lo hacen en el público las arias del género en las óperas.

Al lado de esto, Kayser tenía otro mérito y era que, ocupándose mucho en música antigua, investigaba en serio acerca de la Historia del Arte, consultando las bibliotecas, donde su verdadera aplicación, en particular en la Minerva, habíale ganado buen acogimiento y atenciones. De su trabajo de bibliófilo resultó interesarnos en los grabados viejos del siglo XVI. Por ejemplo: el *Speculum romanæ magnificientiæ*, las *Arquitecturas* de Lomazzo, las *Admiranda Romæ* y otras obras parecidas. Tales colecciones de libros y grabados, á las cuales también nosotros hacíamos visitas devotas, tienen, sobre todo, gran valor cuando están bien impresas. Hacen revivir aquellos tiempos en que la antigüedad era mirada con respeto y temor y sus restos, estampados en buenos caracteres. Así, acercábase uno á los Colosos, según se encontraban en su antiguo sitio del jardín de Colonna; el *Septizone*, medio arruinado, de Severo, daba todavía idea de aquel edificio desaparecido; la iglesia de San Pedro, sin fachada y el centro sin cúpula; el antiguo Vaticano, en cuyo patio podían

darse torneos, todo transportaba á los tiempos remotos, dejando ver, además, los cambios que trajeron los dos siglos siguientes, y hasta qué punto, á pesar de importantes obstáculos, restablecieron las cosas destruídas y repararon las descuidadas.

Enrique Meyer, de Zurich, á quien tuve frecuentes ocasiones de mencionar, á pesar de su vida retirada y su aplicación grande, no dejaba pasar momento de ver, observar y aprender algo interesante, sin aprovecharlo. Buscábasele y se le deseaba, porque en sociedad se mostraba tan modesto como instruído. Seguía tranquilo el camino que abrieran Winkelmann y Mengs y, sabiendo representar admirablemente, á la manera de Seidelmann, los bustos antiguos, á la *sepia*, nadie tenía mejor ocasión de aprender á juzgar y á conocer las delicadas gradaciones del Arte antiguo y moderno.

Por deseo de todos los extranjeros, artistas y profanos, dispusimos visitar, á la luz de los hachones, los Museos del Vaticano y del Capitolio. Meyer nos acompañó y encuentro, entre mis papeles, una de sus notas que da valor permanente, por sus efectos provechosos sobre la inteligencia y el conocimiento, á este paseo, rico de emociones, á través de los más soberbios restos del Arte, que sin ello, cual sueño encantador que flota en el alma, se desvaneciera poco á poco.

La costumbre de visitar, á la luz de las antorchas, los grandes Museos de Roma, por ejemplo, el Museo

Pío Clementino, en el Vaticano, parece haber sido bastante nueva en el año 80 del pasado siglo; cuándo ha principiado, lo ignoro.

Ventajas de la luz de los hachones: cada obra de Arte se ve aislada y la atención del observador se fija en ella sola; luego, el poderoso efecto de la luz, hace resaltar más claras todas las *nuance* delicadas del trabajo; los reflejos que estorban (mayormente en las estatuas pulimentadas) cesan; determínanse mejor las sombras y resaltan las partes de luz. Sin disputa, la principal ventaja es que las obras mal colocadas obtienen así justicia; por ejemplo, el Laoconte, en su hornacina, como estaba, sólo á la luz de antorchas podía verse bien, porque no le daba luz inmediata y sí sólo un reflejo del redondel en una arcada que rodea un patio del Belvedere. Lo mismo sucedía al Apolo y al llamado Antinous (Mercurio). Aún más necesaria era la luz de los hachones para ver el Nilo y el Meleagro y apreciar su mérito. A ninguna estatua antigua le era tan favorable aquella suerte de luz como á la llamada *Phocion*, porque sólo de este modo y no con la desfavorable que en su colocación tiene, se puede descubrir la delicadeza del cuerpo á través de las ligeras vestiduras. También está hermosa la excelente caída de un Baco sentado y la parte superior de una estatua de Baco, de bella cabeza y la media figura de un Tritón; sobre todo la maravilla del Arte, el nunca bastante celebrado Torso.

Los monumentos del Museo Capitolino, son, en general, poco menos importantes que los del Museo Pío

Clementino y hay algunos que lo son más y es conveniente enterarse del mérito de ellos, á fin de verlos luego á la luz de las hachas. El llamado *Pyrrhus*, de excelente trabajo, sobre la escalera, no recibe luz del día. En la galería, delante de las columnas, hay una hermosa media figura que creían una Venus vestida, que recibe por tres lados escasa luz. La más hermosa estatua del género, en Roma, Venus desnuda, tampoco tiene luz que la favorezca, porque está en una habitación de esquina y la bella Juno vestida, arrimada á la pared, entre dos ventanas, donde recibe meramente una faja de luz de costado. La famosa cabeza de Ariadna, en la sala de Miscelánea, fuera de la luz de las antorchas, tampoco puede verse en toda su hermosura. Y así, muchas obras de este Museo están mal colocadas y para verlas perfectamente y apreciar su mérito, hácese necesaria la luz de las antorchas.

La moda también á veces degenera en abuso; es preciso emplearla con inteligencia y cuando es de utilidad. Para ver obras destinadas á estar secuestradas, la luz es necesaria, porque se distinguen mejor las partes altas, las profundas y las transiciones. Ganan principalmente las obras de los mejores tiempos del Arte cuando, el que lleva el hacha y el que mira, saben lo que se hacen; entonces harán sobresalir la masa y los más finos y delicados detalles del trabajo. Al contrario, las obras de Arte del viejo estilo, tienen poco que ganar cuando no se ven en plena luz; pues no sabiendo nada los artistas de entonces de luz ni de

sombras, ¿cómo habían de contar con una cosa y otra en sus obras? Lo mismo suceden á las trabajadas posteriormente, cuando los artistas comenzaron á ser más negligentes; el gusto estaba ya tan caído, que no se cuidaban en las obras plásticas, ni de luces ni de sombras; la ciencia de las proporciones estaba olvidada. ¿Para qué sirve, en esta suerte de trabajos, la luz de las antorchas?

En ocasión tan solemne es justo mencionar á M. Hirt, útil á nuestro círculo en más de una manera. Nacido en Furstenberg el año 1759, sintióse, después de haber leído los antiguos, con impulso irresistible de ir á Roma. Llegara algunos años antes que yo, dedicándose en serio al estudio de las obras antiguas y modernas de Arquitectura y Escultura; haciéndose el guía de los extranjeros, deseosos de instruirse. Mostróme igual complacencia y afectuoso desinterés.

Su estudio principal era la Arquitectura, sin dejar de interesarse en las localidades clásicas y cosas notables. Sus miras teóricas en Arte, daban muchos motivos de discusión en esta Roma, tan vivamente entregada á las disputas de partidos. De la diversidad de teorías resultan, allí en especial, donde siempre y en todas partes se habla de Arte, mil discusiones que aviva y favorece la proximidad de objetos tan admirables. La máxima de nuestro Hirt reposaba en derivar las Arquitecturas griega y romana, de la más antigua y necesaria

construcción de madera y en ello fundaba la alabanza y censura de las nuevas obras, sirviéndose de adecuados ejemplos y de la Historia. Otros sostenían, al contrario, que en la Arquitectura, como en cada cosa, se inventaban ficciones gustosas, de las cuales nunca el arquitecto debía prescindir, una vez que, en la diversidad de casos que podían presentársele, tenía que ayudarse, unas veces de esta manera y otras de otra, siéndole necesario apartarse de reglas estrechas.

En el concepto de la belleza también discrepaba á menudo de los demás artistas, porque ponían su fundamento en lo característico, lo cual estaban los otros tan lejos de conceder, cuanto convencidos de que, en realidad, el fondo de cada obra de Arte es el carácter, pero la interpretación del sentido de la belleza confíase al gusto, que ha de representar cada carácter en su conformidad y en su gracia.

Consistiendo el Arte en la acción y no en la palabra, á pesar de lo que siempre se ha de hablar más que hacer, se comprenderá pronto que estas conversaciones eran interminables, según continuaron siéndolo hasta el presente.

Si las diferentes opiniones de los artistas eran motivo de muchas suertes de desagrados y aun alejamiento de unos y otros, ocurría también raras veces que provocaban escenas graciosas; vaya un ejemplo:

Varios artistas pasaran la tarde en el Vaticano y haciéndose noche y no queriendo al regreso seguir el camino que atraviesa la ciudad, salieron por la puerta de la columnata siguiendo las viñas hasta el Tíber. En el camino comenzaron á disputar, llegaron á la orilla del río disputando y siguieron acalorada disputa durante la travesía. Al desembarcar en la Ripatta hubieran debido separarse y la abundancia de argumentos que ambas partes tenían que presentar, quedaba anonadada en su nacimiento. Convinieron permanecer reunidos, pasar de nuevo el río y volverlo á pasar, dando curso á su dialéctica en la barca oscilante.

No les bastó este movimiento una vez, estaban inspirados y pidieron al barquero más de una repetición. Hízolo de buena voluntad, porque cada pasada le valía un *bajocco* por persona, ganacia considerable, que no esperaba ya tan tarde. Así satisfizo callado su deseo y preguntándole su niño, extrañado, qué es lo que querían aquellos, contestó muy sosegadamente:

—No lo sé; pero están locos.

Por este tiempo recibí de mi casa, en un paquete, la carta siguiente:

«Monsieur, je ne suis pas étonné que vous ayez de mauvais lecteurs; tant de gens aiment mieux parler que sentir, mais il faut les plaindre et se feliciter de ne pas leur ressembler. Oui, Monsieur, je vous dois la meilleure action de ma vie, par consequent, la racine de plusieures autres, et pour moi, votre livre est bon.

Si j'avais le bonheur d'habiter le même pays que vous, j'irais vous embrasser et vous dire mon secret; mais malheureusement j'en habite un, où personne ne croirait au motif qui vient de me determiner à cette démarche. Soyez satisfait, Monsieur, d'avoir pu, à 300 lieux de votre demeure, ramener le cœur d'un jeune homme à l'honnêteté et á la vertu; toute une famille va être tranquille, et mon cœur jouit d'une bonne action. Si j'avais des talents, des lumières ou un rang qui me fit influer sur le sort des hommes, je vous dirais mon nom, me je ne suis rien et je sais ce que je ne voudrais être. Je souhaite, Monsieur, que vous soyez jeune, que vous ayez le gout d'écrire, que vous soyez l'epoux d'une Charlotte qui n'avait point vu de Werther, et vous serez le plus heureux des hommes, car je crois que vous aimez la vertu.»

Diciembre.

CORRESPONDENCIA.

Roma 1.º de Diciembre de 1787.

Asegúrote en verdad que estoy, del punto principal, más que seguro y aunque el conocimiento puede extenderse hasta lo infinito, tengo, de lo finito-infinito, idea segura y hasta clara é inmediata.

Tengo todavía delante los objetos más maravillosos y

contengo mis facultades para que sólo mis fuerzas de acción, en cierto modo, adelanten. Existen cosas soberbias y tan comprensibles como la palma de la mano, cuando uno las ha cogido.

Roma 7 de Diciembre.

Pasé la semana dibujando; la poesía no quiso ir adelante. Tiene uno que ver y buscar la utilidad de todas las épocas. La academia de nuestra casa prospera y nos fatigamos despertando al viejo Angantyr. La perspectiva ocupa las noches y al lado de ello trato siempre de aprender á dibujar, mejor y más seguro, alguna parte del cuerpo humano. Sólo que todo lo fundamental es demasiado difícil y exige, en su práctica, gran aplicación.

Angelika siempre buena y amable. De todas maneras me hace su deudor. Los domingos los pasamos juntos y durante la semana la veo una noche. Trabaja tanto y tan bien, que no se puede tener idea de cómo esto es posible y, sin embargo, cree siempre que no hace nada.

Roma 8 de Diciembre.

¡Cuánto me alegro, amada mía, que te haya gustado; no puedes imaginártelo! ¡Cuánto me regocija producir

un tono de acuerdo con tu diapason! Igual deseo formo respecto de *Egmont*, de quien me hablas tan poco y, que te haga sufrir algo, como gozar. ¡Oh! bien sabemos que tan gran asunto difícilmente podríamos disponerlo en toda su pureza. Sin embargo, en el fondo nadie tiene idea tan justa de la dificultad del Arte, como el artista. En el Arte hay mucho más *positivo*, es decir, *aprendible* y transmisible, de lo que se cree comúnmente y las mañas mecánicas de producir los mayores efectos intelectuales,—siempre con ingenio, se entiende,—son muchas. Sabiendo tales sutilezas artísticas, mucho es un juego, que luego parece maravilla y en ninguna parte, creo, se puede aprender mejor, por lo alto y por lo bajo, que en Roma.

Roma 15 de Diciembre.

Te escribo tarde y sólo deseando decirte algo. Pasé muy á gusto la semana. La anterior, ni un trabajo ni otro quería ir adelante y, estando muy bueno el tiempo el lúnes y mi conocimiento del cielo haciéndome esperar que continuaría, emprendí la caminata á pie con Kayser y mi segundo Fritz y desde el martes hasta hoy hemos recorrido los lugares que ya conocía y otros que no visitara todavía.

El martes á la noche llegamos á Frascati. El miércoles visitamos las más bonitas villas y en particular

el precioso *Antinoo* del monte Dragone. El jueves, desde Frascati fuimos á Monte-Cavo, sobre Rocca di Papa, de donde necesitas tener dibujos, porque las descripciones y las palabras no son nada. El viernes, Kayser se separó de nosotros, porque no estaba completamente bien y fué, con Federico Segundo, á Aricia, Genzano, al lago de Nemi, para volver á Albano. Hoy estuvimos en Castel-Gandolfo, en Marino y luego regresamos á Roma. Favoreciónos el tiempo de modo increíble; tuvimos acaso los días más hermosos de todo el año. Además de los árboles, siempre verdes, algunos robles tienen aún hojas y lo mismo los castaños jóvenes, pero amarillas. Hay en el paisaje tonos hermosísimos y ¡qué formas tan admirables en las sombras de la noche! Lo he pasado muy bien y quiero de lejos participártelo: estuve muy contento y muy bueno.

Roma 21 de Diciembre.

Dibujando y estudiando las Artes, favorezco las disposiciones poéticas en vez de perjudicarlas. Con la diferencia de que se debe escribir poco, dibujar mucho. Lo que deseo es poder comunicarte mi idea acerca del Arte plástico. Aunque todavía muy subordinada, satisface, porque es verdadera y de ilimitado alcance. El entendimiento y la lógica de los grandes maestros es in-

creíble. Si cuando llegué á Italia era semejante á un recien nacido, hoy me encuentro recien educado.

Lo que hasta ahora mandé son ensayos ligerísimos. Thurneisen te llevará un rollo: lo mejor son obras ajenas, que han de agradarte mucho.

Roma 25 de Diciembre.

Esta vez Cristo nació entre truenos y relámpagos: precisamente á media noche hubo borrasca.

Ya no me ciega el brillo de las grandes obras artísticas. Voy á la contemplación y al conocimiento verdadero y distinto. No puedo decir cuánto debo á un silencioso, solitario y aplicado suizo, que se llama Meyer. Es el primero que abrió mis ojos á los detalles y á las propiedades de las formas, consideradas aisladas; inicióme en el propio *hacer*. Se contenta con poco y es modesto. Goza en las obras de Arte, en realidad más que los grandes que las poseen y no las entienden; más que otros artistas, á quienes angustia la codicia de imitar lo inimitable. Es de claridad divina su inteligencia y de angelical bondad su corazón. Nunca me habla sin que me dé ganas de escribir todo lo que dice. Son sus palabras precisas, rectas, describiendo la sola línea verdadera. Su enseñanza, dame lo que nadie podría darme y su alejamiento será siempre irreparable. Cerca de él, en cierto período de tiempo, espero llegar á tal grado

en el dibujo, que apenas me atrevo á figurármelo. Cuanto en Alemania aprendí, tomé, pensé, es, á su dirección, como la corteza del árbol al hueso del fruto. No tengo palabras para expresar la beatitud silenciosa y atenta con que comienzo á mirar las obras de Arte; mi inteligencia se ha ensanchado lo suficiente para entenderlas y cada vez se forma más, á fin de poder apreciarlas debidamente.

Otra vez hay aquí extranjeros y acompañándolos visito, algunas veces, una galería.

Me hacen el efecto de las abejas en mi cuarto, que chocan en las ventanas, tomando los cristales por el aire libre y luego rebotan y se pegan á las paredes.

No desearía á mi mayor enemigo verse relegado al silencio en un rincón y volver á pasar por entendimiento *enfermo* y *limitado;* me sentaría peor que nunca.

Así, pues, querido, piensa, obra, haz en mi obsequio lo que sea mejor y sostén mi vida; de otra manera, perezco, sin ser á nadie útil. Sí, he de decirlo: estuve este año, moralmante, muy mimado. Durante cierto tiempo mantúveme separado de todo el mundo. Ahora, volvió á formarse en torno mío un pequeño círculo de personas buenas, que todas están en el *buen camino* y la prueba de que piensan y obran en el buen camino, es que quieren estar conmigo y tienen gusto al hallarse en mi presencia. Soy implacable, intolerante hacia cuantos pierden su tiempo ó se extravían y, sin embargo, quieren ser considerados mensajeros y viajeros. Mis burlas y mofa los persiguen hasta que cambian de vida

ó se van de mi lado. Aquí no se trata sino de los buenos y rectos. A los medianos, á los de malas ideas, se les pone en la puerta de la calle sin ceremonias. Dos hombres me deben ya su cambio de sentimientos y de vida; tal vez tres y me lo agradecerán siempre. En tal punto de la actividad de mi vida, es donde siento lo sano de mi naturaleza y su extensión; mis pies no se enferman á no ser en zapatos estrechos, y no veo nada cuando hay una pared delante.

RELATO.

Diciembre.

Al entrar el mes de Diciembre, siendo el tiempo sereno y bastante igual, ocurriósenos una idea que debía procurar días muy agradables á una sociedad buena y alegre. La cosa era la siguiente: figurémonos que acabamos de llegar á Roma y cual extranjeros, que traen su tiempo contado, nos urge enterarnos, á prisa, de lo más notable. Comencemos en tal sentido una revista, á fin de que lo ya conocido vuelva á impresionarnos de nuevo. La ejecución del proyecto comenzó al punto, y siguiendo asidua, terminó bastante bien. Desgraciadamente, de lo mucho bueno que con tal motivo se observó y pensó, queda muy poco: las cartas, noticias, dibujos y proyectos de aquella época, faltan casi todas. De algo, sin embargo, se dará aquí breve noticia.

Debajo de Roma, no lejos del Tíber, hay una iglesia de regulares dimensiones, llamada de las tres fuenteci-